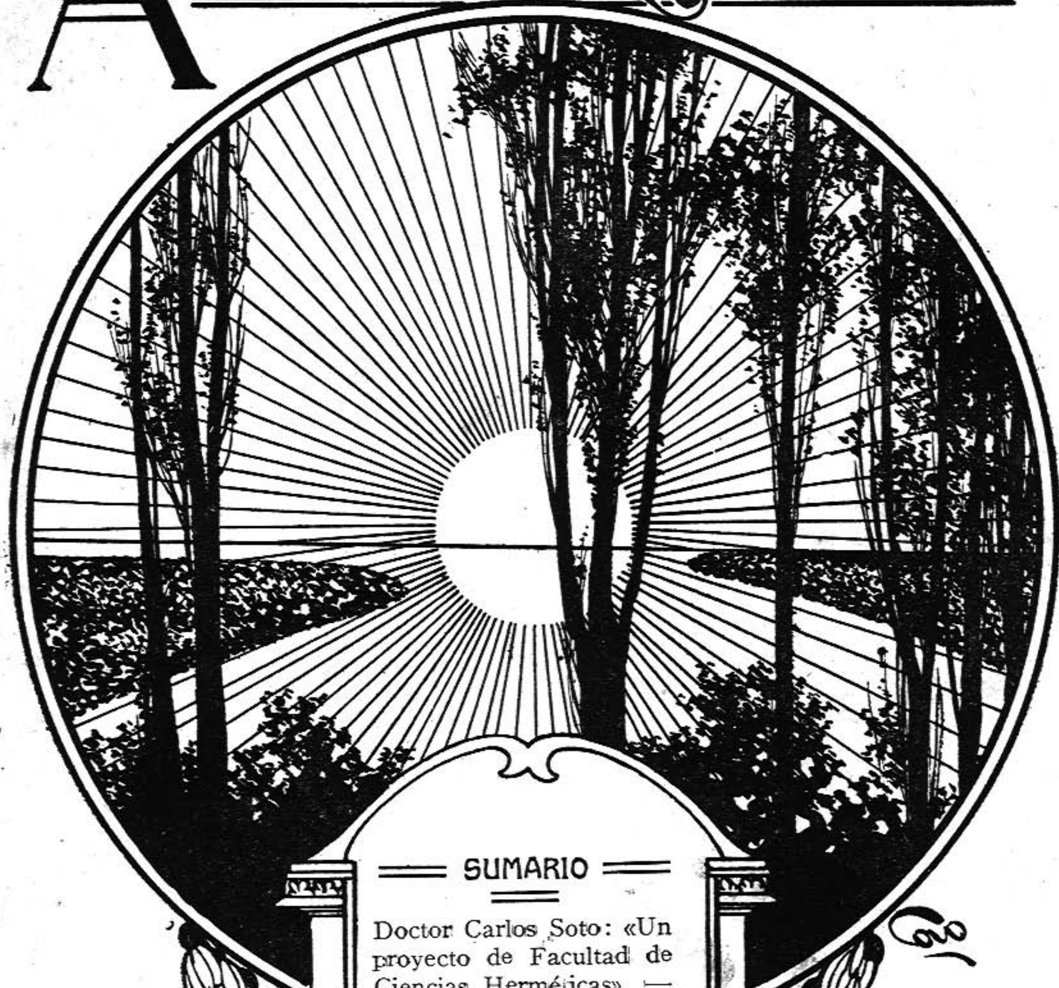
Año I — Buenos Aires, 1°. de Junio de 1917 — Núm. 5

ALBORADA



SUMARIO

ALBORADA

Revista de ciencias, sociología, literatura y arte

Directora: Mercedes Gauna - Administrador: B. Pereira

AÑO I — BUENOS AIRES 1º DE JUNIO DE 1917 — N.º 5

Un Proyecto de Facultad de Ciencias Herméticas

Para el Sr. Victor Delfino.
(Colaboración directa)

En el año 1891, si mal no recordamos fundóse en Paris el centro Esotérico, cuyos principales objetos eran coordinar los trabajos, hasta entonces demasiado aislados, de los cultores del esoterismo, creando con ese fin el centro; y luego por medio de la revista «La Iniciación», propagando las tendencias, echaron poco a poco los cimientos de la obra que permitieron fundar sobre ella, el vasto edificio de la renovación del martinismo. Gracias a ese plan llevado a buen fin, el indagador, el estudioso aislado, encuentra ya hecho un programa de estudios, dándole el método que mañana le permitirá abordar con pleno conocimiento deductivo, los planes y quizás llevar a cabo con la ayuda de los otros eslabones de la cadena, alguna obra de aliento. En nuestros países no fué desgraciadamente así, pues nos encontramos con dos tendencias netamente antagónicas y a la vez distantes de nuestro modo de ver. Ellas son: el materialismo negativista o entonces el espiritismo absolutista; el primero, no admite sino lo que nuestros pobres ojos ven; el sedo, solo patrocina doctrinas según las cuales en todo y por todo, intervienen elementos desencarnados; ambos campos son, pues, distantes de nosotros, y antes de seguir, queremos significar que consideramos el materialismo como pobreza de espíritu; pues es un sistema bien cómodo de no hacer trabajar ideas deductivas, el de admitir sólo lo «humanamente» visible, lo cual equivale a decir que por no existir antiguamente el microscopio no había neumococos o estafilococos; que no poseyendo nosotros un aparato sensible para acciones telepáticas, ellas no son sino invenciones; tampoco, en tesis general, aceptamos «toda» la doctrina de Kardec, éste, entre paréntesis, no inventó nada; siempre la humanidad, antes del mismo ciclo de Ram, conocía esas cosas, el ocultismo es «esencialmente» práctico y experimental, es su ventaja sobre lo demás, pues nos permite creer que reencarnación y vida sucesivas son leyes tan exactas como la de Newton, pero en lo que diferimos de los espiritistas es en dar como artículo teologal, la intervención de espíritus en todo hecho supra-normal. Hay que evitar en todo caso ese escollo, pues, de otro modo, damos en generalizar justamente en contra del mayor conocimiento del acumulador hombre. Efectivamente, ¿en qué consiste una exteriorización de la motricidad —(telecinesia)—una exteriorización de la sensibilidad, sino en la irradiación de fuerzas, ayer aún, mal definidas y cuyo centro es el mismo humano? Pero, tratándose de facultades anímicas, netamente espiritualistas, nos encontramos con toda la teoría experimental ocultista y la constitución ternaria a tres grandes elementos; gracias a esa base fundamental, tenemos la llave de prodigiosos hechos, del desdoblamiento voluntario, efectivo, de la acción probada del fantasma de los vivos (1), imprimiendo rastro indiscutible de la presencia de su acción «voluntaria» por impresión digital contraloreada por testigos dignos de fe. Estas no son primicias para nosotros; en los lejanos tiempos del ciclo de Ram, hacían ya la cosa, y uno de los indagadores contemporá-

neos más ilustres, el Marqués d'Alveydre escribió un curiosísimo libro «La Cuestión del Mahatma», basado sobre propias exteriorizaciones y desdoblamientos de su personalidad. El vulgo titularía esto de Magia; nada menos exacto, si se empleó el término Magia, como cosa sobrenatural, pues bien sabido es que para el ocultismo lo sobrenatural no existe. Una facultad de ciencias herméticas, que es el corolario indispensable a estos estudios, unificaría la enseñanza y guiaría al que desea profundizar estas ciencias; pero, desgraciadamente, su fundación implicaría gastos pesados, que aun no es posible efectuar, pero no dudamos que en tiempos no lejanos, la idea tome cuerpo. Entretanto, sometemos al interés de nuestros lectores, un plan de estudios que por el momento les permitirá guiarse y evitar el caos de lecturas inútiles, siempre perjudiciales para el que gusta estudiar de veras y no perder tiempo indagando sin método: el gran escollo está en el principio; por nuestra parte, muy gustosos aconsejaremos a quienes nos pidan nuestra opinión sobre cualquier punto dudoso; ello nos encantará, pues tendrá el significado de estrechar relaciones entre los lectores y nosotros.

(1) St. Ives d'Alveydre. «Misión de l'Inde en Europe.» — «vol. Dorbon Edr. Paris. Durville, «Le fantôme des vivants» — Durville Edr. 23 R. S t.».

Además, la facultad de ciencias herméticas contribuirá en no poca escala, a «hacer el punto». En cuanto al estado actual del ocultismo en relación con los conocimientos oficialmente admitidos, es de prima importancia demostrar prácticamente qué gran verdad es el «nihil novum sub-sole». Bastarán estas breves líneas de introito a la idea; pasemos ahora a exponer el mecanismo, metodología y plan de estudios.

PLAN GENERAL DE ESTUDIOS

1.o OCULTISMO — tradición — definición — evolución — histórica.

A. Hipótesis — Mundo intermediario — Eter.

B. Filosofía — Religiones — Teosofía — Espiritismo.

C. Experimental — Armonías.

D. Magia — Sus relaciones con nuestros conocimientos.

FISICA: — Estudios de los fluídos semi-materiales.

TALISMANIA — Estudio de la condensación de los fluídos, considerando el pentaclo como condensador.

CEREMONIAL — Condiciones físicas para utilizar los fluídos.

PERSONAL — Estudio de los pentaclos sobre el operador— biología Mágica.

PSIQUICO-PERSONAL — Análisis y desarrollo de los fluídos sobre las facultades psicológicas.

2. MAGNETISMO A. Definición —histórica-experimental— La polarización negativa y positiva — el «od» como clave de casi todo el fenomenismo.

B. Relaciones con el ocultismo.

C. considerado desde el punto de vista terapéutico.

3. ALQ IMIA — D fi i.ión—his o-ria

Alquimia inorgánica: Molecular. Física.

id Talismánica en sus relaciones contra la magia

id Astrología, en cuanto a su conexión con la evolución de los cuerpos y la atracción de los astros.

Alquimia filosófica y Spagírica.

4. SPAGIRISMO — Historia — definición: La Spagírica como estudio de la aplicación de alquimia — Magia — astrología — a la terapéutica experimental.

5. META-PSIQUICA — Dos grandes divisiones.
   A. Fenómenos humanos.
   B. id anteriores.
   C. Exteriorización de la Sensibilidad
   E. id id Motricidad.
   F. Desdoblamientos — Fantasmas de los vivos — contralor merced las impresiones digitales.
   G. Las acciones telepáticas y la telegrafía sin hilos—Sincronismo humano.
   H. Telekinesia.
   I. Clarovidencia—intuición natural y provocada.
   J. Fotografía trascendental.
   K. Las materializaciones: ideoplásticas y no definidas.
   L. Aportes y desmoleculización: la aplicación ocultista.
6. KABALA: — Metafísica—Aritmología—rituélica (relaciones entre las diferentes:
   A. religiones y distintas kábalas)
   B. Práctica—estudio de las letras hebráicas
   C. Sefirótica—id del árbol de los sefiroths—aplicación.
   D. Magia—conexión de la kábala y de la Magia.
7. COSMOGONIA — Astronomía y ocultismo.
8. ASTROLOGIA — definición — historia.
   A. cosmológica—atracción de los cuerpos celestes: influjo y reflujo.
   B. Práctica—Teoría del Zodíaco coordinaciones—El cielo.
   C. Social—relación y coordinación entre revoluciones celestes y hechos planetarios locales.
   D. Estagírica—influencia astral sobre cuerpo humano.
9. ARITMOLOGIA — La vida del número.
10 EL ARCHEOMETRO — definición —objeto—utilización.
11. ONOMANCIA — histórico—definiciones—estudios — Métodos—La intuición provocada.
12. EL THAROT — su relación con la astrología—histórico—experimental.
13. EL FRAUDE Y EL FALSO FENOMENISMO—Modo de evitarlo.
14. La ciencia actual precedida por el ocultismo—desmentidos a teorías aceptadas: el Radio y la vida de la materia viviente que nace y no muere.

Ya ven nuestros lectores lo extenso del programa ¡ojalá seámos bastante felices para llevar a cabo esta idea demostrando así tener en nuestro país, cultores que sepan valorar su importancia.

Ya es tiempo de que la mentalidad pública se dé cuenta del alcance de nuestras ideas y se deje de contestar con irónica sonrisa a los que saben ocuparse de estas cosas, pues todo lo están confundiendo, nada aparentan ignorar y, sin embargo, poseen la más crasa ignorancia de esta ciencia; créen que aquellas funestas cómicas, las adivinas, representan el más alto exponente del ocultismo, imaginan que lamentables explotadores de necios como los que ponen avisos retumbantes en los diarios, significan ser portavoces de las altas ciencias! Jamás se dán el trabajo de leer otra cosa que vagas obras (?) de Magia infernal (sic), buenas cuando más para consagrar «Magos», a unos egotistas engreídos! Otras veces, andan por el vasto mundo enviados por descomunales Supremos Consejos Tibetanos (c/f Conde Bash, Rosarno y Cía.) exhibiendo condecoraciones carnavalescas! ¡¡hasta cuándo!!

Es necesario «hacer el punto» del ocultismo y confesar su alcance; entonces, generalizando sus enseñanzas, el estudioso encontrará extraño no tener la ciencia oficial más puertas abiertas sobre las supersticiones. Y ahora en que «todo se confunde», « todo se ignora», todo es falsamente tergiversado por falsos apóstoles dogmáticos, ¿no es tiempo acaso para determinar

lo que debe entrar dentro de las fronteras ocultistas en pugna contra los de errores supuestos plagios? Y urge no confundir ocultismo con teosofía, Espiritismo y baja magia!!

Dentro de no lejano tiempo, aparecerá la revista «Esfinge», órgano oficial del Centro Esotérico Argentino; en ella se tratarán las cuestiones y problemas de las altas ciencias, pues seguirá la misma tendencia que la «Iniciatión» de París. Entretanto, los lectores de «Alborada» que desearan más informes, pueden dirigirse directamente a mí, me encantará atenderlos, viendo en ello prueba de interés por conocer las claves del ocultismo.

Dr. Carlos SOTO.
Casilla 182—Correo—
Mendoza.

QUÍMICO - FÍSICA DEL RADIO

En 1867 Niepce de Saint Víctor advirtió que las sales de uranio impresionaban en la obscuridad una placa fotográfica. Atribuyó el fenómeno a lo que llamó «luz almacenada», a que dichas sales retenían luz solar.

En 1896, Becquerel repitió el experimento con el sulfuro doble de uranio y potasio considerando su acción sobre la placa independiente de la luz solar, y sí debida a la propiedad del uranio de emitir radiaciones, a la que llamó «radiactividad». Pronto fué apreciada ésta en los cuerpos recién descubiertos, torio, polonio y actinio.

Habiendo comprobado Curie, en 1898, que ciertos minerales de uranio actuaban sobre el electroscopio con mayor intensidad que el uranio mismo, buscó en unión de su esposa, la substancia a que se debiera esa radiactividad, acabando por obtener el bromuro de un nuevo metal, eminentemente radiactivo, al que llamaron «radio».

Comprobaron, además, fuerte radiactividad en los residuos que deja la pechblenda de Joachinsthal (mineral constituído principalmente por un óxido de uranio baritífero) después de extraerle el uranio. Sometieron una tonelada de tales residuos en polvo a múltiples y pacientes lavados. disoluciones y precipitaciones, tras lo que consiguieron poco más de dos decígramos del nuevo cuerpo, el «radio», en combinación salina: sulfato, cloruro o bromuro. Dichos residuos se hallaban constituídos principalmente por silicatos radíferos alcalinos y alcalino-térreos.

Aunque no aislado, el radio fué admitido como cuerpo simple por sus caracteres espectroscópicos, y por su sitio, previsto. en la clasificación periódica de los elementos según sus pesos atómicos.

En septiembre de 1910, la señora Curie y su colaborador Debierne, obtuvieron del bromuro de radio, por electrolisis. con cátodo de mercurio.. la amalgama del preciado metal. Colocaron ésta en una navecilla de hierro dentro de un tubo de cuarzo lleno de hidrógeno puro, y calentaron hasta 700.o Destilado el mercurio, les quedó radio puro, que conservaron en tubo de cristal cerrado a la lámpara.

Además de la pechblenda, contienen radio: la uranita o autonita (fosfato doble de uranio y calcio), la chalcolita (fosfato doble de uranio y cobre), la carnotita (vanadato de uranio) la torianita (óxido de uranio y torio) y la piromorfita (fosfato de plomo), curioso mineral que contiene radio sin ser uranífero.

CARACTERES QUIMICOS DEL RADIO.

Pertenece el radio al grupo de los metales alcalino-térreos, mostrándose como un homólogo superior del estroncio y del bario. Su peso atómico es 226'00 y su símbolo en notación química es «Ra». Su átomo divalente, se satura con dos monovalentes; así, la fórmula del bromuro de radio es «Ra Br.2». Manifiesta extraordinaria tendencia a combinarse con todos los cuer-

pos. Sus sales son muy difíciles de separar de las de bario, con las que tienen gran analogía. El cloruro y el bromuro de radio sólo se pueden separar de las correspondientes sales de bario mediante cristalizaciones sucesivas, pues aquéllas son menos solubles que éstas. Los compuestos de radio que se han obtenido son, además del cloruro y el bromuro, el carbonato, el sulfato, el estearato y alguna otra sal; la amalgama, y probablemente, el óxido.

El radio transforma el fósforo blanco en fósforo rojo y el oxígeno en ozono; descompone la sales haloideas y el agua, y reduce las sales de plata.

CARACTERES FISICOS

El radio es un metal blanco, brillante, que se ennegrece al aire y se adhiere fuertemente al hierro. Tiñe la llama de color carmín y su espectro se caracteriza por tres rayas brillantes y otras once menos visibles. Emite contínuamente calor. Se ha calculado que cada gramo de sal de radio emite unas cien pequeñas calorías por hora. El radio puro quema el papel.

Las sales de radio son algo luminosas y ponen luminiscentes a ciertos cuerpos: sulfuros de metales alcalinos y alcalino-térreos, el de cinc, la wilkemita (ortosilicato de cinc), el platino-cianuro bárico, así como el vidrio de uranio, el espato fluor, el de Islandia, los diamantes del Brasil (no los del Cabo), la eosina, la esculina y otros.

También, las sales de radio emiten electricidad. Por esto yonizan el aire que les rodea, y como lo vuelven buen conductor de aquélla, descargan a cierta distancia los cuerpos electrizados. En esta propiedad están fundados los radioscopios y los radiómetros.

Los compuestos de radio comunican radiactividad — «radiactividad inducida — más o menos intensa, pero que, al cabo, se extingue, a los cuerpos próximos; sobre todo, si estos son gases o metales.

La causa de los fenómenos expuestos está en las «radiaciones» que emite el radio, y en la «emanación» que produce.

En el radio se han analizado tres clases de radiaciones: «Rayos α, bastante análogos a los rayos canales del tubo de Crookes; están constituídos por electrones positivos, llevan velocidad diez veces menor que la de la luz, son poco penetrantes y los más numerosos. Son desviables por la acción de un imán. «Rayos β, semejantes a los rayos catódicos; están constituídos por electrones negativos, y su velocidad se iguala con la de la luz. A estos rayos debe el radio sus propiedades luminosas. «Rayos γ, menos abundantes que los anteriores, se les considera análogos a los rayos x, Con hojas de aluminio de diversos espesores se ha visto, aproximadamente, que si el poder de penetración de los rayos α es como 1, el de los rayos β es como 100 y el de los rayos γ es como 1000.

Una hoja de aluminio de siete centésimas de milímetro de espesor detiene por completo los rayos α; y los rayos β, y los γ, que la atraviesan, se pueden separar, a su vez, haciendo actuar sobre ellos un campo magnético, el cual desvía los β y deja seguir en línea recta los γ.

Del radio se desprende una «emanación» radiactiva, especie de gas luminoso, que le forma como una atmósfera o medio ambiente. Su producción aumenta disolviendo la sal de radio, o calentándola. La emanación se condensa con el frío; se la puede, también, disolver en ciertos ácidos y separarla de nuevo por evaporación. La emanación del radio es unas cien veces más activa que aquél; mediante élla se produce la radiactividad inducida.

La tabla internacional de los pesos atómicos de cada elemento dió la categoría de cuerpo simple a la emanación, pues el año 1912 apareció en élla, por primera vez, con el nombre de «nito», símbolo «Nt» y peso atómico 222'40.

En septiembre de 1909 (1) emití la opinión de que «La emanación está constituída por radiaciones α condensadas».

Se admite, con Ramsay, que, al cabo de cierto tiempo, la emanación queda convertida en el gas helio (peso ató-

mico 4'00), pudiendo originar, en especiales condiciones, algún otro de los llamados gases nobles, como el argo (p. a. 39'88) y el neo (p. a. 20'20). Según Rutherford, la emanación evoluciona hacia el helio, dando lugar a una serie de cuerpos, «radio A, radio B, radio C», etc., cuya transformación, o degradación, ha podido seguir hasta el «radio F», que parece idéntico al polonio. Esto demostraría el transformismo, por degradación, de los elementos o cuerpos simples.

Obsérvese que sumados los pesos atómicos de la emanación y del helio dan la cifra correspondiente al del radio.[1] Así, se puede establecer, respecto a cantidad de materia de cada elemento, la siguiente ecuación:

Nito, p. a. 222'40 + Helio p. a.. 4'00 = Radio, p. a. 226'00.

Con la tabla de pesos atómicos internacional vigente resulta un error de cuatro décimas.

Cuando formulé esta ecuación en el año 1912 con los pesos atómicos entonces vigentes resultó así:

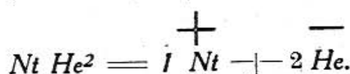
Nito, p. a. 222'40 + Helio, p. a. 3'99 = Radio, p. a. 226'40.

Entonces el error fué de una sola décima.

Como todos los años experimentan leves cambios los pesos atómicos, confío en que pronto se deshaga el pequeño error, que quizás recaiga en el peso atómico del nito, aun no determinado con exactitud.

Contra la muy respetable opinión del gran químico Ramsay, hoy me precisa sostener, con más energía y aún mayor convicción que lo hice en 20 de febrero del 1912, desde las páginas de la «Gaceta Médica del Sur», y desde mi monografía «Estado actual de la cuestión del radio en Terapéutica» (Granada, 1912, pág. 9), «que las electropositivas radiaciones α emitidas por el radio son cationes de nito, o nitones, y que las electronegativas radiaciones β son aniones de helio, o heliones».

Así, pues, el radio puro, «Ra», resulta un heliuro de nito, «Nt He.2», que está en continua disociación electrolítica, emitiendo yones de nito y yones de helio, y liberando energía, representada por los rayos γ o rayos .



$$Nt\,He^2 = 1\,Nt + 2\,He.$$

Véase cómo los gases nobles xeno (p. a. 130'20), cripto (p. a. 82'92), argo (p. a. 39'88), neo (p. a. 20'20) y helio (p. a. 4'00), calificados de «nobles» por no conocérseles combinaciones, las tienen y muy estrechas. Ya hay un heliuro de nito. Quizás no tarde mucho en averiguarse que el nito es, a su vez, un biargonitruro de xeno, o cosa parecida.

Y esto nos explicaría muy bien que la emanación, o nito, continuase también disociándose, desagregándose, y engendrando una serie de cuerpos, cuyo final visible es el helio.

El radio es posiblemente un producto de la desagregación atómica del uranio. En los minerales radíferos, la cantidad de radio, que, en el curso de los siglos, se desharía en emanación, se compensaría con la cantidad de uranio que, en dicho tiempo, se degradase en radio.

La radiactividad del radio, y la de los demás cuerpos radiactivos, se mide tomando como unidad de medida la radiactividad del uranio. El poder radiante del bromuro de radio puro alcanza a 2.000.000 de uranios.

Dr. Velázquez de CASTRO.

Catedrático de Terapéutica en la Universidad de Granada.

---

(1) «La Física molecular en el actual concepto de la acción medicamentosa. Radiactividad. «Gaceta Médica del Sur». Número 632.

Como hojas sueltas

Las revoluciones de los pueblos, al margen de las influencias políticas: monárquica, republicana y socialista, llevan en sí la característica de los carneros de Panurgo: todo predispone a ser gobernado.

Angel ORLANDO.

La industria de cadáveres

Para «Alborada».

No es necesario ser creyente, ni ateo; no es preciso pensar de acuerdo con escuelas religiosas o filosóficas determinadas, para sentir un horror frío ante el practicismo de esta frase: La industria de cadáveres.

¿Qué significa tal industria repugnante? Significa que los cadáveres que en hacinamientos informes yacen en los campos europeos, son aprovechados para sacar grasas y para alimentar cerdos. ¿Quiénes son los autores de esta industria? Los que dirigen espiritual y materialmente a Alemania. De no ser una calumnia, de ser cierto, tal industria es el más grande, el más inmenso crimen de la guerra.

Alemania parece haberse impuesto la tarea de llevar las ideas a los órdenes prácticos más lejanos y no se detiene ante ningún escrúpulo, ni siquiera ante la podredumbre que despiden los cadáveres. Su conciencia moral, las ideas de respeto que esa conciencia elabora en el arrecogimiento de sus meditaciones intrínsecas, no son suficientes para detener su acción utilitaria; no la detienen ni ante la negra e impotente majestad de las tumbas.

Lo que las tumbas guardan en sus sudarios de muerte, lo que en ellas se mueve en forma de descomposición y de hediondez, eso debe ponerse directamente en los derroteros de la vida. La muerte que en la naturaleza no existe, tampoco debe existir, prácticamente, entre los hombres. Así, acaso, medite la Alemania pensadora y ejecutora de esa industria mil veces maldita, y así se presenta ante la serenidad del pensamiento de los demás pueblos.

No nos alarma la muerte en sí. Sabemos que en los laboratorios de la vida todo se transmuta, todo es movilidad, todo es vida. Sabemos esto; sabemos que la muerte es un proceso del sér, para descomponerse y transformarse. Somos partidarios de la filosofía monista, la más razonable, a nuestro entender, la más amplia, la más analítica y la que más justa y serenamente interpreta al universo. Pero no por tener esta convicción, protestamos menos de esa industria abominable.

Nuestra protesta es de cultura y nos horripila que sea Alemania la autora de semejante crimen; nos horripila por tratarse de un pueblo llamado culto. No se crea particular aversión en este sentir; nuestra protesta la proclamaríamos lo mismo si se tratara de Francia, de Inglaterra, etc. Esa industria, en efecto, es de cafres y no de pueblos de culturas seculares, de pueblos sensibilizados por el roce contínuo de las ideas, de pueblos humanizados por el choque constante del pensamiento y por las miles maravillas de la belleza sentimental.

El mundo no ha concluído todavía con sus déspotas, ni con sus tiranos, ni con las nubes que se forman en los abismos de la ignorancia. El mundo apenas si balbucea todavía una palabra de cultura interior, apenas si los hombres se sostienen derechos, apenas si se sienten la inteligencia donde han de plasmarse, donde deben plasmarse la virtud, el bien, el amor... Apenas si los pueblos más cultos saben distinguir las claridades de la evolución, apenas si saben percibir el correr de las horas, el enlace de los siglos y la variabilidad progresiva de las generaciones. La humanidad sabe muy poco, es muy poco. Sus ideas son torpes ensayos de la inteligencia que se forma, para que la ciencia que es su resultado, cometa la insensatez o la villanía de hacer industria de los cadáveres.

¿Pues qué?, podemos olvidar, si lo vivimos, que por cada millón de hombres hay uno que medianamente se pertenece en su conciencia y en su inteligencia, que no hay ningún pueblo que sepa conducirse de por sí, que la libertad es una bella palabra, que hay razas que todavía no han concluído de salir de los senos de sus aborígenes, y en fin, que el tirano es la producción más fecunda de la especie humana? Y porque no podemos olvidar todo esto que está en nosotros y alrededor de

nosotros, es que nos parece de una alta justicia que el cadáver sea cadáver, tenga su tumba y su cementerio.

Mañana, bien podrían las razas asesinarse sin móviles aparentemente ostensibles, podrían asesinarse, no por hacerse la guerra como hoy, sino por industria. Mañana, un déspota cualquiera bien podría utilizar como materia prima para esa industria infame, a los centenares de niños menesterosos que imploran la caridad por esas calles, a los muchos que llenan las casas de beneficencia, al proletariado sin ocupación, a los ancianos, a los tullidos, a todo lo que es pueblo, masa de esclavitud, carne paupérrima.

Pues, que, ¿estamos seguros de nuestra civilización? Pero, ¿hay civilización en épocas en que los pueblos se declaran una guerra de exterminio tan sólo por buscar una salida a los mares, por conquistarse un mercado, por tener dominio en una tierra extraña, por querer imponerse una ley, una costumbre o un gobierno? ¿Los pueblos de tales épocas merecen ser llamados civilizados? No; esos pueblos son salvajes, tan salvajes como los iniciadores y los autores de la industria vil que combatimos.

El salvajismo, en efecto, suda por nuestra alma, como el único jugo apreciable de nuestra conciencia. No basta ser un gran matemático, un gran filósofo o un gran hombre de ciencia, para quitárselo de encima; es preciso que los guarismos con los cuales se suman y se multiplican las distancias, que las ideas, las hipótesis o las imágenes que fijan los desenvolvimientos vitales en una concepción filosófica, que las experiencias que mecanizan parte de las fuerzas del universo, hagan su labor en nosotros mismos y que en nosotros mismos sean convertidos en elementos de humanidad. Es preciso llevar a cabo una labor titánica en los medios de nuestra naturaleza, para ser hombre, hombre justo, hombre de bien, hombre inofensivo. Mas esto, desgraciadamente, no es otra cosa que una mera aspiración, acaso una ilusión vana, quizás una quimera inalcanzable, a juzgar por los siglos que la humanidad necesita para conquistarse un átomo de justicia, de bien y de lealtad.

Los hombres tenemos mucho tiempo por delante en que no podremos quitarnos de encima el mal que engendra el despotismo y el despotismo que conduce, impone y domina. Es por esta circunstancia de humanidad, de lugar y de tiempo, que protestamos airadamente en contra de la industrialización de cadáveres.

Tal industria es más dolorosa que la guerra; lo es por la trascendencia que puede tener en medio de pueblos incapaces de sacudir los dominios ajenos, por su misma esclavitud interior.

José TORRALVO.

San Genaro, 12 de mayo de 1917.

El Aniversario de una Patria

Comentarios a una iluminación

Para «Alborada».

Cesaron las clarinadas, las bombas de estruendo, los cañonazos. La tropa se reconcentró en los cuarteles, colgando en las perchas los trajes de gala con que deslumbraron, en su marcial desfile por la Avenida iluminada, a la multitud hambrienta, que a falta de pan se hartó de luz... Era el día de la patria, el aniversario de la revolución de Mayo que dió a este pueblo su libertad política...

Todos los años, con cronométrica regularidad, se repite la misma farsa. Se iluminan las calles céntricas de la ciudad, cual si se pretendiera emborrachar con luz a un pueblo que vive en las tinieblas; se entonan cantos a la libertad, cual si se quisiera convencer a los que viven opresos que en realidad ella

existe; se practica la caridad, con la pretensión ridícula de acallar, en el día de las libertades y de los derechos ciudadanos, el hambre de los seres que viven en el arroyo. Es una comedia grotesca, en la que la patria hace de careta, cubriendo la faz de los logreros que se escudan tras su pabellón, de los ambiciosos que especulan con el hambre y la miseria de esa multitud cultora del patriotismo, ebria de grotesco argentinismo, que rumia en el silencio su impotencia de masa amorfa, servil y esclavizada, sometida al despotismo de los mandones.

No; la libertad, el día de la libertad y del derecho, no puede festejarse en un pueblo que tiene como principio a la iniquidad; en un pueblo de famélicos y hambrientos, que exhiben sus harapos por entre el falso esplendor de la ciudad que oculta sus miserias tras una fastuosa apariencia. ¿No habéis visto vosotros, cultores del argentinismo, de una tradición que basa sus glorias en la espada de los caudillos de las montoneras, acurrucados en los huecos de las puertas a los hijos del arroyo, a familias enteras, que, tiritando de frío, ocultaban sus moratadas carnes en unos harapos miserables, mientras allá a lo lejos la multitud frenética vivaba a la patria? ¿No habéis visto al desfile de piltrafas humanas, de desechos sociales, el ejército uniforme de mendigos que tendían la mano pidiendo al transeunte una limosna por el «amor de Dios»?

Pues si todas esas son las glorias de la patria, no merece la pena que se recuerden, como no sea para lanzar una imprecación contra los que nos han legado semejante baldón de vergüenzas.

Vivir del pasado, de una tradicción consignada en las páginas emohecidas de la Historia, es propio de los pueblos prematuramente envejecidos, de los pueblos sin ideales y aspiraciones que viven borrachos de gloria y que se hartan de luz artificial.

Todo el pueblo bonaerense — ese montón informe de seres que constituyen el «pueblo-moral» — desfiló por las calles céntricas, ávido de sensaciones; cual si pretendiera acallar la mordedura del hambre que torturaba sus estómagos condenados a perpetua vigilia. Y la caravana macilenta, el montón absurdo de vidas, invadieron los barrios aristocráticos. Iban las mujeres, los hombres, los niños, en traje dominguero, pretendiendo disfrazar sus hambres, cual si quisieran con una mueca de falsa alegría destruir las huellas terribles que dejó sobre los rostros anémicos el flajelazo cruel del infortunio.

... ...

Cesaron las clarinadas, las bombas de estruendo, los cañonazos... La comparsa que actuó en el carnaval patriotero, colgó los trajes de colores chillones, hasta que llegue otro aniversario.

Estas mascaradas patrióticas, realizadas festejando la libertad política de este pueblo, se asemejan a las que y por las carnestolendas, efectuan los imbéciles, los eternos payasos que viven en perpetua mascarada.

Indudablemente la patria se presta para todas las farsas. ¿No os parece a vosotros, los que sentis en las cárceles las caricias del látigo de la tiranía, que la libertad es planta exótica en esta tierra, siendo una burla sangrienta el festejarla a base de iluminaciones y desfiles militares?

De libertad, pudieran muy bien hablar los obreros pintores y panaderos que la víspera de la fecha patria fueron encarcelados, y también los que en todas las cárceles y presidios de la República purgan el delito de haber defendido esa libertad tan pregonada. No; la libertad no pueden defenderla los que ejercen en la vida la denigrante misión de tiranos, porque un déspota no es otra cosa que un liberticida, un asesino de la libertad.

Emilio L. ARANGO.

TEORIAS POPULARES EN CHINA Y JAPON

¡Oh, magnates! Cuando os participan que ha muerto de inanición un hijo del pueblo, decís: «No tengo yo la culpa; atribuidlo a la esterilidad del año...» ¡Cómo si la muerte justificase al matador, diciendo: «¡El puñal mató a éste, no yo!»

DE NUESTRO CORRESPONSAL EN ROSARIO

CRÓNICAS DEL MOMENTO

LA VOZ DE UN HOMBRE

Para «Alborada».

He aquí las palabras que, de haber hablado, hubiese dicho desde la tribuna erigida por la C. D. del comité Pro-Neutralidad:

No vengo a hablaros en nombre de una patria determinada, ni en nombre de una raza, ni menos aun en el nombre de una colectividad cualquiera de los países beligerantes. Vengo a hablaros en nombre de algo más grandioso que todo eso: vengo a hablaros, conciudadanos, en el nombre augusto de la Humanidad!.

Y es justo que sea así, cuando no es una patria sola la que sufre el dolor del exterminio y la miseria que trae aparejada la guerra tremebunda de nuestros días; es justo que sea así, cuando aun, desde esta misma tribuna, se han alzado voces hímnicas de un patriotismo muy hermoso, muy lírico en su aparatosidad, pero muy nefasto, muy horrible en sus consecuencias...

Por eso he dicho que vengo a hablaros en nombre de la Humanidad.

Ante todo, es justo que sea mi primera palabra la de loor a esta multitud de hombres que se ha congregado esta noche, como una exteriorización de pacifismo y a la par de protesta contra la que noches pasadas verificóse aquí mismo. Bien es verdad, conciudadanos, que aquella manifestación no la componía el pueblo como en esta oportunidad, sino el populacho. Y hablo así, porque yo no he visto ninguno de vosotros exigiendo de viva fuerza el descubrirse en presencia de una bandera determinada; mientras que el exaltado populacho de noches pasadas, agredía a mano armada a los pacíficos transeuntes que no descubríanse al paso de su lábaro, ultrajado ignominiosamente—según él — por no quiero saber qué nación beligerante. Esto me demuestra, sin que por ello os sintáis halagados, pues lo que cumplís con vuestro deber de hombres conscientes que respetáis las creencias ajenas, lo que vale decir que respetáis los derechos inviolables del prójimo, para que, a su vez, respeten el vuestro; esto me demuestra, digo, que constituís el pueblo, o, por lo menos, una parte principalísima de él.

Dicho esto, quiero hablaros llanamente, sin retorceduras de conceptos ni de forma, de lo que me sugiere el momento difícil porque atraviesan los hombres de nuestra época. Advirtiéndoos que, como os conceptúo hombres que sabéis deliberar, respetaréis mis concepciones, sin perjuicio, dicho se está, de que las releguéis luego al osario de las cosas absurdas o impracticables.

Conciudadanos: Es hora ya de que miremos la realidad cara a cara, tesoneramente, sin rehuirla como hasta ahora se ha hecho. Atravesamos por una hora crítica de la historia; y es hoy más que nunca cuando tenemos que mirar serenamente todo lo que nos rodea...

Ya vemos la acción edificante, como enseñanza ejemplar, que nos dá la gloriosa Europa en los sombríos instantes en que vivimos... ¡Una hecatombe horripilante mancha abominablemente la tierra! ¡Y la mancha es tan grande, ha tomado ya tan vastas proporciones, que extiéndese hacia los países laboriosos de América, como un estigma maldito que quisiera macular justos y pecadores!...

Fuerza es entonces, que los pocos hombres que aun experimentan repugnancia ante la barbarie legal de la guerra, no se encierren en el más suicida de los mutismos, sino que lancen a los cuatro vientos la palabra vibrante que promulga la paz, el respeto mutuo en nuestras creencias y el amor al estudio y al trabajo: atributos estos de los reales pueblos cultos y desembarazados de todo ese fárrago de prejuicios que

llevan para su mal, y para vergüenza y escarnio de la Humanidad, los pueblos que tienen una aparente cultura!

La guerra, conciudadanos, patentiza de una manera harto elocuente que aun no estamos perfeccionados como parecíamos estar; de ella se infiere que la cultura tiene todavía, para mayor gloria suya, que librar la más formidable de las batallas, la más heróica de las guerras: ultimar de una vez para siempre el monstruo terrible que llámase Ignorancia. Porque es indiscutible que lo que arrastra a los pueblos a la guerra, son los resabios del vandalismo de nuestros ascendientes, que, como un sedimento corrosivo, muerde nuestros bajos instintos, ocultos aviesamente debajo de nuestra vestidura de hombres a la moderna!

Sin la Ignorancia, tampoco podrían subsistir esas hordas innominables que los hombres de hoy llaman ejércitos; sin la Ignorancia, conciudadanos, no se explicaría la existencia fatídica del militarismo.

Cuando los pueblos hayan llegado a un nivel más elevado de cultura y perfeccionamiento moral, el militarismo desaparecerá por sí sólo, como por sí sólo desaparecen las cosas que no están llamadas a desempeñar un verdadero papel en el concierto de la Naturaleza.

Y si sabemos esto, conciudadanos; si comprendemos que la Ignorancia es el enemigo común que enceguece las conciencias y endurece los corazones, ¿cómo vamos a estar de parte de uno u de otro en esta trágica emergencia de nuestro siglo?... ¿Cómo vamos a pedir, a voz en cuello, la guerra nosotros también, pueblo joven y laborioso, amante de la paz y del trabajo?...

No, conciudadanos; no nos confundamos nosotros también con la piara de allende los mares; no nos identifiquemos con los instintos malévolos que pugnan en la gloriosa Europa por imponerse, a base de terrorismo legal, los unos a los otros.

Nuestra actitud debe ser la de la más extricta neutralidad. Desoigamos las voces incitando a la lucha. Ya sabemos quienes son los que las profieren. Son los extranjeros residentes aquí, atosigados por ese patriotismo vindicativo que caracteriza a los pueblos donde aun dominan supersticiones y fanatismos, los que pretenden encender la llama fratricida en nuestra conciencia joven, susceptible de todos los entusiasmos, aunque sean éstos los que nos lleven a la desmoralización y la ruina! Son los exaltados, los fanáticos, los hombres todo instinto de todas las naciones y todas las razas, los únicos que pueden propalar la guerra. Son los que nunca son ni serán nada, como dijo en un rapto de brillante inspiración el poeta. ¡Alerta, pues, con estos artesanos del Mal, tentáculos de la Ignorancia, guerreros a tutiplén y anacronismo andante de nuestra época!

Los hombres de verdad tienen su puesto en las filas de la Paz y del Trabajo: ¡esos son los hombres que nos hacen falta! Y cada uno de vosotros que me escucháis, pudiera muy bien ser un hombre útil, perfectamente útil a la Humanidad, a la par que útil a sí mismo, siendo hermano infatigable de esos dos atributos de concordia y de progreso!

Conciudadanos: Esta manifestación no sólo debe ser de desagravio a la que realizóse las otras noches incitando a la República a la guerra, sino de común protesta al salvajismo de la guerra en general, del hecho en sí mismo. ¡Ninguna guerra tiene razón de ser! Estemos de pie, firmemente de pie, en esta hora de incesantes tambaleos morales, como una firme y vibrante protesta contra la locura bélica de los hombres que pretenden difundirla por todo el inconmensurable haz de la Tierra!

No estemos ni de un bando ni de otro: estemos, sí, como fieles soldados que pugnan contra el fabuloso monstruo de la Ignorancia, de parte de la Justicia, es decir, de parte de la Humanidad!

¡Y por cima de esta infamante mancha de sangre hermana, ascendamos en un vuelo ideal hacia otros mundos de perfección y de bondad, sin que ni levemente siquiera nos salpique la sangre en la cándida virtud de nuestras alas!..

López de MOLINA.

Rosario, Otoño de 1917.

Algo sobre Educación de la Infancia

No hay para que decir que el problema de la educación de la infancia constituye el máximo problema de nuestros tiempos; y también lo ha sido en todas las épocas, como resulta de la historia de las ideas pedagógicas, que siempre han preocupado a los filósofos, políticos, etc., etc.

Si se sigue, aunque rápidamente la historia de los sistemas de educación que han preocupado a los pueblos, se vé cuán poca diferencia va entre ayer y hoy a pesar de las transformaciones preconizadas, las cuales con diversa fortuna plasmaron el espíritu y el corazón de nuestros predecesores en la historia del mundo.

En efecto, la educación, en la Grecia antigua, fué física en Esparta e impartida por el estado y para el estado, imponiendo la obediencia a las leyes, respeto à los superiores y la moderación; haciendo del individuo un instrumento bello, armónico y perfecto, apto para las tareas del estado. Perfeccionada por Sócrates, que hace del objeto de la vida, la investigación de la verdad, y por Platón que quiere realizar lo bueno o sea la armonía de las tres virtudes: «el dominio de sí mismo, el valor y la sabiduría», formando el ciudadano (cruel ironía!) en la triple graduación de «obrero, guerrero y gobernante» y sometiendo en último término el individuo al estado; llega a ser política y literaria en Roma; donde Quintiliano, quiere formar oradores y jurisconsultos, hasta alcanzar en la horrorosa noche de la edad media, ese misérrimo ideal de la vida «transmundana», cuyo fin era preparar sacerdotes, pero «sin existir siquiera» la educación del pueblo.

Con el descubrimiento de la imprenta en la aurora del Renacimiento, y la divulgación de los escritos de Atenas y de Roma, se pretende restablecer el ideal de la antigüedad, es decir, el hombre armónico, por el estudio intenso de la cultura y de las instituciones del mundo antiguo.

Con la reforma iniciada por Lutero, se desarrolla el pensamiento personal y el libre examen; se escriben para entonces tratados elementales, destinados a la educación del pueblo, en los cuales se destierra a la ruda dialéctica; pero se nota desgraciadamente por otra parte, la tendencia a restablecer la fuerza de la doctrina cristiana y el estudio intenso de la biblia; hasta que con los progresos de las ciencias filosóficas se inicia la fecunda era de la libre investigación contra el estudio escolástico.

En esa misma época los diversos educadores, recomiendan el estudio de los idiomas antiguos y de la religión; ninguno de ellos es absolutamente independiente, ni aún los «jansenistas», que pretendían oponiéndose a los «jesuitas», desarrollar las fuentes sólidas del «juicio» y de la «razón».

En la época transitoria comprendida entre el siglo XVII y los comienzos del siglo XVIII, se refuerzan las tendencias de los siglos XV y XVI, y es signo característico de esta época, la lucha entre la enseñanza antigua y la moderna o dicho en otros términos, el progreso de la ciencia y de la filosofía, iniciándose así el «racionalismo».

Aparece entonces, Miguel de Montaigne, espíritu práctico y utilitario, cuyo plan de estudios tiende a desarrollar las facultades prácticas del educando, al paso que Rabélais, ese divertido cura de Chinon, preconiza el desarrollo de las especulativas; Montaigne quiere que el niño conozca antes que las palabras, las cosas y que la educación sea el estudio filosófico de los hombres y del mundo. «No es un alma», no es un cuerpo el que se cría: es un hombre», exclama Montaigne.

La evolución de las ciencias exactas y naturales cambia los métodos de investigación y experimentación; se recomienda el estudio crítico de la verdad, y la filosofía proclama su nuevo ideal: «el libre pensamiento» fecundado por la «razón».

El método inductivo hace progresar

inmensamente las ciencias y constituye un principio importante de la nueva filosofía educativa de la época, la substitución de la «convicción razonada y del libre examen» a las ciegas creencias fundadas en la autoridad.

Ulteriormente, las cosas se precisan más, dejándose entreveer como objeto principal, como fin de la educación del individuo, «la formación del hombre», no del «ciudadano», basada en el estudio y la comprensión de su naturaleza.

El reformador Rousseau, proclamó «todo es bueno al salir de las manos del creador de las cosas». (Mejor hubiera dicho, al nacer) «todo degenera entre las manos del hombre; los niños son buenos».

Para ellos indicó tres maestros; la «Naturaleza» o sea el «ambiente», las «cosas» o sea la «experiencia» los «hombres» o sea la «educación».

Todo ello lo estudió en su famosísimo «Emilio», libro de carácter novelesco, por no ser su héroe un ser real, como que carece de padres y al cual se le dá un preceptor en el campo, lejos del mundo. El sistema de Rousseau, por razonado que parezca, a poco que se examine resulta incongruente, por no estar concorde el desarrollo de la personalidad como lo quiere Rousseau en su Emilio, con el desarrollo psíquico, seguido y observado por todos; y porque la dirección dada por el maestro, contradice la libre evolución del individuo.

Todos los demás sistemas presentan notables desventajas en cuanto respecta a la educación integral del individuo, pecando, ora por falta de fundamentos psicológicos de donde resultan consecuencias erróneas, (Pestalozzi); ora por exceso de utilitarismo (Spencer y otros). Si algo se ha adelantado en materia de educación, menguados han sido los progresos, pues estamos todavía ensayando la resolución del formidable problema educativo, buscando valores con que satisfacer las exigencias que reclama para el progreso del mundo y el bienestar de las venideras generaciones.

De todos los sistemas modernos, de los que se han hecho ensayos en diversas naciones, Francia, Bélgica, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, ninguno responde al ideal que de la educación del hombre nos forjamos, es decir, hacer de él un ser conciente y libre, pues todos tienden a formar al ciudadano; muy amante de la patria y admirador de sus tradiciones, preparándole para que en cualquier momento esté pronto a tomar las armas en defensa de sus decantados derechos. En medio de este terrible sometimiento de los espíritus dominados todavía por muchos prejuicios, derivados del régimen absurdo de vida, que entraña la existencia del Estado, se han señalado dos nobles figuras: Tolstoy y Francisco Ferrer, los cuales han bregado hasta sus últimos gloriosos momentos por la educación del pueblo. El primero, mediante la enseñanza según el ideal anarquista en su escuela de Yasnaia Poliana, el segundo, haciendo triunfar en su Escula Moderna, el libre pensamiento sobre el dogma.

Nosotros pensamos que deben olvidarse para siempre los sistemas muertos y que incumbe más que a la escuela a las «madres» educar a sus hijos, siendo ellas las únicas que deben estar en condiciones de conocerles, por razones de herencia, ambiente, idiosincracia, etc., pues el niño es un organismo, una unidad activa y como a tal debe tratarse. Así pues, que abandonar todo el peso de la educación sobre la maestra o el maestro es un craso error, de fatales consecuencias para el niño, cuando más puede concedérseles el papel de instructores solamente. Porque los maestros o son principiantes inexpertos, las más de las veces cargados de prejuicios ancestrales, (ellos también han sido niños mal educados), o bien se les ha atrofiado el cerebro por la rutina y las imposiciones estúpidas de la escuela oficial normalista.

Y no se piense que, con la fundación entre nosotros, de las escuelas llamadas modernas (casi siempre lo son de nombre), se resolverá el problema de la educación de nuestros hijos, «faltan los maestros», que es el elemento esencial. ¿A dónde hemos de ir a buscarlos? ¿Se improvisarán como hasta ahora?, huelga la respuesta. Y enton-

ces, faltando los verdaderos maestros, los padres habrán de aprender a serlo, que no basta dar la vida a los hijos, dejándoles que se críen según las circunstancias, o que por inercia sigan las pasivas tendencias de un ambiente como el nuestro, tan refractario a todo principio de libertad y de vida.

Tratarán por el contrario, que sus hijos adquieran costumbres dirigidas por la inclinación (no impuestas), substituyendo las malas; no obligando nunca al niño a seguir un camino, sinó conduciéndole a él, haciendo que le considere, antes de emprender la marcha; así se edificarán los caracteres, robusteciendo las voluntades.

Y si toda educación debe tener una base moral, ¿cuál será la que nosotros habremos de adoptar? Será la moral anarquista prometedora de inefables venturas de paz y de amor.

M. G.

ESFUMANDO...

Para «Alborada»

—La vida es corta—me dije un buen día—y hay que aprovecharla. Y al efecto sentándome frente a mi mesa escritorio, cogí la pluma mojéla en tinta y me puse a escribir. Borroneé cuartillas más cuartillas, trasmitiendo en ellas todas mis impresiones durante más de tres horas. Cuando más ensimismado me hallaba en mi árdua tarea, fuí interrumpido con la llegada de mi buen amigo Nicolás.

—¿Qué haces ahí—me dijo—engolfado en esas sucias carillas?

—Ya lo vés—le respondí — escribiendo.

—¿Y no te cansas de estar todo el santo día haciendo lo mismo?

—A decir verdad no me canso; es tan grato al alma el conversarse a sí misma!...

—Vamos hombre deja tus cuartillas y vente conmigo.

—Mira, no me robes un tiempo precioso para mí, que la vida es corta y hay que aprovecharla.

—Si al menos la aprovecharas en divertirte!...

—¿Y quién te dijo a tí que no me divierto?

—Me lo demuestra elocuentemente lo que tú estás haciendo, borronear cuartillas y nada más.

—Gracias, por tu modo de juzgar las cosas! Tú no comprendes más placer que los torpes devaneos mundanales y por eso no concibes que haya quien se divierta leyendo o escribiendo.

—Hombre no digo que la lectura no distraiga o que no divierta el escribir... algún billetito amoroso a esas rubias y sonrosadas muñequitas que roban el alma; o a esas morochitas de ojos negros que queman con sus miradas!...

—No sigas más; con eso me demuestras la superficialidad de tu alma. Tú piensas nada más que en ahogar tu ineptitud en el engaño y en los fementidos halagos de los sentidos, mientras tu alma permanece fría, insensible a las más puras afecciones. En lugar de buscar el alimento que nutre y vivifica, buscas el espirituoso alcohol—que ilusiona—pero que emborracha, debilita y mata. En lugar de buscar en la flor el delicado perfume que embriaga y dilata el alma, buscas solamente el delicado capuz para deshojarlo con la torpe fruicción de un sátiro lascivo... Ni siquiera el sentimiento artístico te guía en tu obra destructora. No la sabes apreciar en su justo valor, y por eso la destrozas con profana mano.

—Mira; déjate de filosofía de a tres el cuartillo, propio de viejos impotentes para beber la vida, y, vámonos a pasear!

—Tienes razón; ¿a qué discutir si tú no me comprendes? La irreflexión siempre ha sido patrimonio de la juventud; la juventud es el alba; la

vejez es el ocaso. Entre un día que nace y otro que muere, media el insondable abismo de las tinieblas!...

—Hombre, no te comprendo!...

—Y cuándo el niño comprendió al abuelo?

—Basta ya!... que me impacientas con tus enigmáticas palabras! Déjame correr libremente en pos de mis locas ilusiones. Joven soy, vive Dios!... y quiero gozar de la vida tal cual la concibo, mucho aire, mucha luz; hermosas y variadas mujeres, dispuestas a quemar el incienso de su hermosura. Riquezas, glorias y poderío es lo que ambiciono, porque sin eso la vida es nada.

—Detente!... vete, vuela detrás de tus locas quimeras, que día llegará en que cansado, viejo y achacoso a los treinta años, terminarás dónde debías empezar.

Tras una mentida ilusión te lanzas en pos de otra, sin ver que agostas tu vida, tu alma y tu corazón, y que donde debías de hallar una flor, sólo hallarás la muerte el dolor o el desengaño! Buscas la vida donde solo hallarás la muerte, ¿qué otras cosas son las riquezas, las glorias y el poderío, esos efímeros placeres que los hombres han inventado para destruirse entre sí? Corre, insensato, tras tus locas esperanzas; entra de lleno en el tráfago mundano sin más guía que tus pasiones ni más norte que tus ambiciones.

Los nobles ideales para tí no se hicieron, porque eres incsapaz de concebirlos; labra el mal y vive de él; deshoja de uno en uno los pétalos de tu alma hasta dejarla despojada de sus ricas galas, desvía tus instintos del verdadero sendero de la vida; mata, incendia, expropia, revuélcate en torpes concupiscencias, nada respetes, ni aún la inocente y virginal pureza de la impúber, hasta llegar al pináculo de tus bastardas ambiciones, para gozar de la vida como dices tú.

Pero cuando hastiado, desilusionado y marchito por los transitorios e ilusorios goces de una pútrida existencia, comprendas la vida tal cual és, cómo debe ser, y tal cual se la debe vivir, entonces ya será tarde: habrás muerto para siempre. Impotente, desgastado y viejo, buscarás la dicha en alguna loca abstracción—refugio de los caducos—después de una existencia borrascosa donde se ha dejado, no la estela luminosa de las buenas acciones, sino la simiente del mal para que otro la recoja gustando de su acre sabor, para dejarla a su vez a los que vienen detrás, perpetuando así la infelicidad humana.

—Bravo!... señor moralista con ribetes de filósofo, guárdate tus locas concepciones para mejor ocasión y no pretendas en tus vanas esperanzas, detener de la humanidad sus más caras ambiciones. Déjala que corra, que vuele en pos de la desgracia, ¿por qué amargar sus ilusiones si en el dolor halla sus alegrías? Déjala correr tras sus locas pasiones en el rudo batallar de su árida existencia, déjala que goce en sus propios sufrimientos, déjala que muera en sus propias desventuras!

Desecha loco extravagante tus locas ideas y vente conmigo á gozar de la vida!...

—Véte!... déjame con mis locuras, que la vida es corta y hay que aprovecharla.

Severo BRUNO.

Mas...

Para «Alborada».

Más que al fulgor de tus pupilas claras,
más que al hechizo de tu fresca boca,
más que al encanto de tu risa loca
amo la euritmia de tus manos raras.

Tus manos finas de azuladas venas
que más que lirios de imposible albura
son cual dos almas de sin par ternura
para el consuelo de las hondas penas.

Mario Cataldo MARCIAL.

El camino del triunfo

Para «Alborada».

La bohardilla de César olía a gloria, aquella mañana. Tal impresión causó a su dueño, que abrió de par en par las hojas, no de la puerta, que daba al patio oscuro y húmedo, sinó de la ventana, que miraba al campo, y por la cual se coló bruscamente, sin pedir permiso, un hermoso rayo de sol que puso sobre los libros, el catre, el banco, la botella de agua que vació la fiebre, y hasta en los rincones, una nota brillante de esplendor.

Una pila de libros que se eleva, el banco que se aproxima, carillas que se posan sobre la cúspide de la pila —un volúmen de Shakespeare—, y por un buen rato el correr de la pluma da vida y forma al pensamiento.

«Tráigamos algún trabajito», habíale dicho el director de «Mirajes» — revista de gran circulación—, y a César no le pareció conveniente a su progreso intelectual disponer de ninguno de los innumerables artículos que esperaban impacientes la publicidad desde el fondo del colchón.

Se trataba en realidad de su primera obra verdadera, de su primer paso en el camino del triunfo, y preciso era que superase a todo lo anteriormente escrito, que ahora se le ocurría como un prolongado, costoso e inútil esfuerzo.

Sí, prolongado; porque había escrito mucho. No pasó nunca por su espíritu ninguna emoción, sin que fuese inmediatamente celebrada, analizada, desmenuzada en prosa o en verso; y así, toda su existencia estaba hermosamente historiada en poemas, cuentos y artículos de toda índole. Es claro que todo eso era lo personal, lo subjetivo: «los balbuceos del genio»..

Y la vida empezó a destilar por la pluma de César, algo de su miseria y esplendor, de su dolor inmenso y de su inefable dicha incomprendida...

... ...

—Su artículo es hermosísimo. Es un rosario de verdades, bellamente dichas... pero, amigo mío, en una revista literaria no pueden decirse, ni bellamente, semejantes cosas. «Mirajes» es leída por casi todas las niñas de nuestra aristocracia, y no es conveniente ofender sus gustos, castos y delicados, con paisajes tan reales de la vida... Mire, ¿por qué no nos trae algo galante, dedicado a ellas?.. Algo, en fin, que usted estime agradable e inofensivo...

César no contestó, porque no se le ocurrió nada. Fué a su casa, y después de una infructuosa revista al colchón, escribió, estrujando su cerebro, una bellísima oda a las niñas distinguidas, en la cual la fuente murmurante, los trinos de las avecillas, el sonido matinal de las campanas, la queja penetrante del cristal y otras muchas cosas sonoras e irresponsables se combinaban agradable e inofensivamente.

La poesía gustó a la redacción, que tomó a sueldo al novel literato y lo dió a conocer al público en artículos elogiosos. Al cabo de un tiempo nuestro héroe había escrito tantas cosas dulces y bellas que difícil le hubiera sido ofender el gusto más refinado, más pulcro, aún empeñándose en ello.

———

Sin saber cómo, quizá por una de esas revoluciones bruscas e imprevistas a que están sujetas todas las existencias, le encontramos más tarde en la redacción de un diario de la oposición.

Allí todo es censura y ataque. Cada pluma es una espada de combate que busca incansable el punto débil al adversario. La frase bella, el concepto poético, sólo sirven para disfrazar el insulto y hacer más agûda y cruel la ironía. Y el talento de César es menospreciado como algo inútil, sin aplicación práctica, porque su pluma, hecha al madrigal y al elogio, «reblandecida», no encuentra el dicterio oportuno, la frase mordaz, tan fáciles a sus compañeros de tarea. Y sufre...; porque nada hay más cruel que encontrarse extraño en un ambiente.

Las amarguras que apuró en esta ocasión tal vez le dieron el secreto del triunfo y la norma a seguir en el futuro. Y poco a poco, sobre los despo-

jos de su antigua personalidad, va modelando una personalidad, nueva, de batallador; el estilo va haciéndose más duro y agresivo, y el talento negado al principio revelándose en el aspecto propio del medio en que actúa. Es lo que necesita para triunfar de nuevo.

Tan fuertes son los mandobles de su pluma, que la opinión empieza a alarmarse, y desde algún campo ideológico se le mira con interés.

Muy pronto una delegación especial se le llega a solicitarle colaboración para el órgano de la idea, y César acepta entusiasmado... — ¡Ah, dejará por fin a su pensamiento manifestarse libremente!.... Pocos días después, la misma delegación le devuelve el artículo.

—Los compañeros redactores le ruegan encarecidamente suprima este párrafo, que parece defender al individualismo... este otro, que ataca al sindicalismo científico de Marx, y... este que no es lo suficiente duro al referirse al comunismo de Bakounine. Todo sea por la causa, compañeros...

Convencido de que los párrafos condenados son precisamente aquellos que encierran el alma del artículo, tentado se siente de romper en pedazos las carillas y sacar por la ventana a los importunos. Pero, reflexiona; el periódico de esos imbéciles es el favorito de las muchedumbres, y allí, en las muchedumbres, en el pueblo, también hay que triunfar... él soñó en ese triunfo...

—También solicitamos su fotografía para publicarla conjuntamente con el artículo, que es para nosotros una valiosa adquisición... No puede más. Tacha los párrafos señalados, entrega su retrato — viejo retrato de su vida de bohemia—, y al observar en él su gesto habitual de dolor que no consiguió borrar el éxito. piensa:

—¿Leerá el pueblo aquí lo que no puedo decirle en mis escritos?

Y desde entonces no resiste más a las corrientes. Escribe. escribe incansablemente y cada producción es un peldaño más que asciende en la escala del triunfo. Aquí se trata de una revista de arte, y su estilo se hace suave, muelle, como el arte mismo; allí, un periódico de combate que obtiene de nuestro héroe el codiciado artículo doctrinario con el cual encabezar sus columnas. Y es que él sabe ahora depurar su pensamiento y modelarlo de acuerdo con su destino. Triunfará, que el triunfo es adaptación. Pesa más en la opinión de un lector un párrafo contrario a su idiosincracia que cien favorables a ella.

Naturalmente, que todo esto no tiene nada que ver con su verdadera finalidad intelectual. con su ideal. Todos llevamos oculta una personalidad que no se revela nunca, pero que existe y en la cual creemos como en un Mesías que al fin llegará e impondrá a nuestra vida el orden que soñamos...

César lucha y espera. Espera la autoridad que llegará con el tiempo y el esfuerzo y librará a su espíritu de todas las censuras. Entonces...

———

Ha pasado mucho tiempo, mucho tiempo... Tanto, que su cabello se ha vuelto blanco y las arrugas han endurecido y afeado su rostro. Ya no espera nada porque se encuentra a esa altura en la cual las vidas han realizado ya su cometido. Los sueños se han borrado o se han cumplido, que es lo mismo; para la lucha no quedan ni fuerzas ni objeto.

El triunfo ha sido completo, como no lo imaginó nunca. Las mil corrientes de la opinión le llaman maestro, porque a todos interpretó a satisfacción. —¿Recordáis que depuraba su estilo ya de la frase bella, que lo hacía débil, ya del concepto real que lo endurecía, según fuera preciso hacer idea o hacer belleza?

Ha llegado a la meta soñada; tiene la autoridad, la autoridad redentora tan anhelada...

Pero, ¡ah!, cien veces intentó, libre de trabas, abrir las alas de su genio por el espacio infinito a que se asomó un día. Y no pudo. Las alas están atrofiadas, muertas, como las del ave tras largo cautiverio...

La inspiración no ha querido dar forma a aquel supremo canto de rebeldía que llevó tanto tiempo consigo atormentándolo.

Ahora es preciso que le traigan la

norma, o que la imagine. Y entonces escribe expresamente, mecánicamente, como en aquellos días en que escribía para comer y hacer nombre, sin poner su alma, que guardaba para más tarde, cuando fuera libre...

Y la gloria que hoy le sonríe, le parece robada a alguien, alguien muy inferior.... De vez en cuando abre un grueso volúmen manuscrito, que guarda cuidadosamente. Lée ávidamente sus páginas. Hay en ellas alegrías, desencantos, sueños, amarguras de todo... Ninguna censura pasó sobre ellas. En medio a sus imperfecciones, alienta un poderoso soplo de sinceridad, de vida... algo humano palpita allí, algo que no tiene los gruesos volúmenes con que llenó su propia biblioteca.

Y casi siempre, después de la lectura, al convencerse de que todo aquello le es muy extraño, como de alguien que no es él, de alguien que no encontrará jamás abate la cabeza sobre el manuscrito y llora desconsoladamente...

Daniel D. QUIJANO.

Montevideo, diciembre de 1916.

LOS PRIMEROS FRIOS

Para «Alborada».

Es de mañana: las calles,
Cubiertas están, de hielo;
Las brisas, soplan glaciales
Y el sol, no brilla en el cielo.

Descalzos, semi-desnudos
Dos niños, pidiendo van:
—Por el frío casi mudos —
¡«Un pedacito de pan»!!

¡Oh niños!: Vuestra indigencia
Prueba, de un modo palpable,
Que la injusticia, es la esencia
De esta sociedad, culpable.

A esta hora, a muchos niños
Mimados por la fortuna,
Una madre, sus cariños
Prodiga, en lechos de pluma.

¡Y vosotros, tempranito
Hambrientos, de frío helados
Mendigáis, ¡por el «delito»
De nacer desheredados!

Trajes... juguetes tal vez
A otros sobran, ¡oh crueldad!
¡Vosotros, por propiedad
Tenéis: hambre y desnudez!

Hoy, sois, carne de miseria;
Mañana, de explotación,
Y cuando «la patria» quiera
¡Seréis: «carne de cañón»!

José BELLO.

LA GENERACION Y LA MUSICA

Para «Alborada».

El tercer carácter que distingue a los seres vivos—los otros dos son la asimilación y la evolución—es la generación, a cuya idea puede relacionarse todo lo que concierne a las anomalías, a la caducidad y a la muerte.

De parte de la Naturaleza como de parte de la Música, la generación puede ser estudiada bajo dos formas:

1.o Los seres vivos se distinguen de los cuerpos brutos por la facultad que poseen, después de haber sido engendrados, de engendrar a su vez. «Omne vivum ex vivo» (Harvey). La obra musical es una creación espontánea, pero esta espontaneidad no existiría si no estuviera precedida y como provocada por una herencia más o menos lejana. Una obra maestra sinfónica o lírica, nunca es un hecho aislado. Si antes de él existe una serie de ascendientes, después de él, hay una descendencia. Por esto se ve que no se pueden asimilar las obras musicales a los seres vivos, si no se habla de composiciones que tienen cierto valor.

Palestrina es el punto de converjencia de todos los trabajos de canto polifónico, anteriores al siglo XVI. Bach, nada ha inventado después; nunca en el mundo, ninguna obra fué tan preparada como la suya. Todo grande artista, procede de otro artista y posée él también, la facultad de la generación. A Péri, autor de fines del siglo XVI, que se limita a los recitados y a los coros de tres o cuatro voces, acompañados comúnmente por un bajo cifrado, sucede Monteverde;

a Monteverde, Lulli; a Lulli, Rameau y Gluck; y la cadena se continúa por Mozart, Weber, Meyerbeer, y termina sin solución de continuidad, con el autor de «Tristan e Isolda». El compositor suscita a sus herederos, por su ejemplo, por su enseñanza, por los discípulos que forma directamente, por la escuela o por la opinión que crea.

2.o Puede mencionarse aquí una segunda forma de generación. La transmisión de las aptitudes y de las propiedades, no siempre se hace entre individuos de raza pura, según la línea recta que representa la herencia de los caracteres raciales. Entre los seres vivos, existen uniones de individuos muy próximos o muy diferenciados.

Aventuraremos aquí algunas reflexiones acerca de las analogías entre la vida musical y la vida vegetal.

Los frutos que se sirven en nuestras mesas, las flores con que gustamos adornar nuestro salón, casi todas las especies comestibles u ornamentales que empleamos, son un producto del arte, del cultivo y de la selección, en una palabra, del «injerto».—El cultivo por semillas, es considerado como insuficiente.

En las artes, se produce algo análogo. En la literatura, D. Nisard, hizo notar el primero, que la ley según la cual se había desarrollado la poesía francesa, era la «imitación», la cual otra cosa no es, que un «injerto». Corneille injerta el genio latino sobre el francés, e introduciendo el primer genio en el segundo modificaciones específicas, resulta de ello un tipo intermediario.—Racine, injerta el genio griego sobre el francés, etc. En Música, la ley parece ser la misma. En efecto, sólo conocemos músicas que se han desarrollado porque un arte extranjero se ha unido a ellas. En Oriente, se han injertado sobre la música japonesa, la música coreana y la china, la cual, por sí mismo, había tomado elementos prestados a los Indios; la música de los Egipcios, originariamente, se ha injertado sobre la de los Asirios y la de los Hebreos, como más tarde la de los Persas sobre la de los Arabes. Entre los Griegos, según lo atestigüan los nombres de algunos modos, la música oriental, se ha injertado sobre la música nacional.

Entre los modernos, el arte Néerlandés, que desde 1450 a 1600, ha sido el modelo, ha nutrido sucesivamente al genio francés, y después al italiano; el arte italiano que, desde 1600 a 1700, poco más o menos, ha sido el más brillante de todos, ha penetrado el genio alemán; y éste último que a parir del siglo XVIII, ha tenido la hegemonía, se ha injertado sobre el arte de casi todos los países de Europa.

En todas partes, pues, vemos cruzamientos, cambios, trasmisiones y compenetraciones. Podrían estudiarse particularmente los fenómenos de este género en Francia, en cuyo país el ecleticismo musical es muy grande y en que la combinación de los patrimonios hereditarios muy diversos, de coeficientes desiguales, repartiendo los efectos sobre un gran número de descendientes, produce actualmente un notable polimorfismo.

Los productos de las uniones cruzadas, son más vigorosos, puesto que el tipo medio ya adaptado, se hallará siempre. (Le Dantec).

He aquí, dónde la comparación resulta más interesante y puede originar conclusiones prácticas.

Los naturalistas nos advierten que no se injertan especies cualesquiera. Es necesario elejir: sinó se trabaja en pura pérdida. El error de los antiguos, de Virgilio y de Plinio, era querer hacer brotar la viña sobre el olivo, el—acebo—sobre el rosal! Esto es lo que se denomina injertos «heteróclitos». Un contemporáneo del Conde de Buffon, Duhamel du Monceau, ha demostrado que éstos son imposibles. Para llegar a obtener un resultado, es necesario operar sobre plantas lo más parientes posibles. Ocurre lo mismo con la tansfusión sanguínea. Si se inyecta a un enfermo, sangre tomada de una especie diferente, no solo ésta no lo fortifica, sino que puede ma-

tarle (por efecto de la acción tóxica de los sueros de especies no parientes y, sobre todo, por su acción globulicida).

Muchos músicos han incurrido en un error del mismo género. Si el injerto del genio italiano sobre el genio francés, ha producido un músico encantador como Carlos Gounod, es porque el injerto aproximaba dos razas parientes; pero, el fracaso visible de ciertas tentativas para aclimar en Francia y en otros países algunas otras formas del arte musical ¿no es debido a una circunstancia contraria?

La analogía que se acaba de indicar, puede ser llevada más lejos. Los naturalistas modernos, nos dicen que el principio que excluye los injertos heteróclitos, «sólo es cierto en su mitad (Dastre): es verdadero para el manzano y el peral; es falso para el almendro y el durazno, el ciruelo y el albaricoque, que son géneros más lejanos. Se ha podido fijar el olivo sobre la lila y el fresno. Recientemente, M. Daniel, de Rennes, ha llegado a unir la lila con el arce. Existen, pues, excepciones. Pero en esta medida, y precisamente a causa de estas excepciones en número un poco indeterminado, el principio es aplicable a las obras musicales.

Existen en Francia misma, compositores que mediante prodigios de dexteridad, han llegado a escribir música exótica; pero estas son obras excepcionales que presentan siempre anomalías y lagunas. Bach pudo ganar mucho imitando al genio italiano; y nos está permitido decir, que algunas veces la misma ópera ha sido menos favorable a Haendel.

Del mismo modo que un vegetal que resulta de un injerto demasiado tardío, la talla del árbol y la exhubeberancia de su ramaje están muy disminuídos en provecho del grosor de sus frutos; igualmente en las obras musicales que entienden aproximar maneras de sentir, de pensar y de expresar demasiado diferentes una de otra, existen evidentemente desigualdades, diferencias chocantes, algo de disforme y extraño. Así, en las óperas de Haendel, los adornos, a las veces, son como una vegetación excesiva que perjudica al pensamiento.

C.

(Concluirá).

DE ADMINISTRACION

A los agentes paqueteros y suscriptores, les pedimos sean puntuales en el envío del dinero, pues la salida de ésta revista solo está fundamentada en el interés y cariño que demuestren sus lectores.

A los suscriptores y a los que deseen suscribirse desde el 1.o número, le avisamos que después del primer trimestre reimprimiremos el primer número actualmente agotado y «serviremos» todos los pedidos que se nos haga.

Otra. — A los que no les llegue la revista deben reclamar en el correo, pues nosotros enviamos a todos los suscriptores con puntualidad.

A fin de facilitar el orden administrativo, se pide a los compañeros del interior que al hacer pedidos y remitir valores lo hagan directamente a esta administración.

El Administrador..

Errata. — Advertimos a nuestros lectores que, la fecha correspondiente al artículo de los señores Alejandro y Alberto Mary, titulado: «La Biología Micelar», es 1915 - 1917, tratándose de un trabajo realizado en un período de dos años.

NOTA

Toda obra que se remita por duplicado a la dirección de «Alborada», será objeto de un análisis bibliográfico.